

EL "PERISTEPHANON" EN CASTELLANO

Por JOSÉ ROGERIO SÁNCHEZ

De la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas

ES feliz signo de los tiempos presentes el afán con que los estudiosos se entregan a la investigación y aprecio de los valores que constituyen precedente e hilo conductor de nuestra historia dentro de la cultura universal.

La urgencia de hacerlo había sido indicada hace ya tiempo, desde aquel insigne Maestro, Menéndez Pelayo. El mismo por modo insuperable, y por medio de programas que dejó formulados, nos señaló a todos el guión de lo que debía ser objeto inmediato de nuestros desvelos. La recomendación produjo efecto, y si bien no en número que respondiese a la abundancia de la labor realizable, en el recuerdo de todos están los diligentes operarios en esa revisión de nuestros valores históricos, desde fines del siglo precedente y lo que va del actual.

Pero es evidente el predominio con que actuaba sobre el gusto general la curiosidad por conocer las inquietudes y problemas que más allá de las fronteras preocupaban, y no en pocas ocasiones esa curiosidad, muy laudable dentro de límites discretos, llevó a inteligencias merecedoras de mejor empleo, a entretenerse en examen de teorías cuya escasa trascendencia podía, desde luego, darse por descontada, cuando no a pretender adaptaciones de ellas al acervo de nuestra cultura, con detrimento de las que podían haber sido posiciones originales ante tantas cuestiones, que, formuladas con apariencias de novedad, tenían añejos antecedentes.

El hecho es que, con dos tipos de excepciones, el cultivo de nuestra heredad fué deficiente. Las excepciones se marcan bien en dos líneas, que por fortuna han llegado a ser convergentes. La primera es la de los críticos, investigadores y pensadores que sobre lo español actuaron, y, siguiendo las directrices del Maestro, han puesto ante nuestros ojos no escaso caudal, que podíamos juzgar perdido, o han valorado definitivamente períodos de nuestra historia, personajes hasta hace poco no justamente estimados, y finalidades de nuestra actuación en el mundo, a las que una insana pasión política había grotescamente desfigurado.

La actividad de otros españoles se enderezó por trayectoria literaria y estética, y con ojos perspicaces, en ocasiones entristecidos por velo de melancólica desesperanza, se dedicaron a contemplar una geografía española, en la cual la actualidad humana, interpretada, sin darse muchas veces cuenta, con el criterio positivista dominante, nos aparece borrosa, abúlica, fatigada e ineficaz.

Aquellos ayes de las *Ruinas de Itálica* y algunas consideraciones de la *Epístola Moral* sedimentan, no escasamente, las entristecidas visiones de nuestros pueblos, de nuestros llanos y de nuestros alcores. La bella labor artística tenía un dejo de renunciación resignada, no la más propicia para infundir alientos capaces de labor creadora.

En estas circunstancias, no bastan esfuerzos aislados para imponer rectificaciones laudables. Sólo conmociones hondas, que remueven las entrañas de los pueblos, tienen eficacia para poner ante los ojos lo soterrado. Y esa conmoción trágica y cruenta, llegó para nosotros los españoles, trayendo entre sus consecuencias la no poco feliz de hacernos entrar en nosotros mismos, contemplarnos en nuestras propias realidades, en nuestro pretérito y en lo que debemos forjar como porvenir digno de nuestra historia y de nuestros destinos. Los espíritus que merecen el nombre de *actuales*, porque de las inquietudes de sus días están bien impregnados, han hecho profesión de «caballería» en

pro de esa apremiante restauración hispánica, que supone resucitar lo de ayer y engendrar lo de mañana con valor de vida.

Uno de ellos es Marcial-José Bayo, Catedrático de Lengua y Literatura en el Instituto Español de Lisboa, bien pertrechado para navegaciones de altura, a que seguramente le invitan tantas y tantas tierras ignotas u olvidadas como han quedado por los mares de nuestra cultura.

Por hoy, el Profesor Bayo nos ofrece una vibrante versión de los himnos de *El libro de las Coronas*, de nuestro genial Aurelio Prudencio.

Sólo con la elección del poeta ahora puesto en lengua española se demuestra la feliz orientación que guía al traductor: días de hierro y fuego padece el género humano, y en esa pasión nuestra España ha cargado con su parte, sin remilgos ni excusas. La aceptó de buena gana y madrugando a ello.

Pero meditemos un momento. Por muchas causas pueden los hombres afrontar peligros y aun la muerte. Razones han sido para ello la ambición, el ansia de poder, la satisfacción justa de necesidades, cuyos medios de aliviarlas se niegan por quienes disponen de la fuerza insensata.

Otras lo fueron móviles de más alto ideal. La defensa de aquello que hay en nosotros a quien nadie puede dañar, aunque lo intente, si nosotros no renunciamos a la propia integridad de nuestro ser libre y espiritual.

A esa suprema causa, que explica, hasta divinizarlo, el abrazo voluntario del hombre con la Muerte, es a la cual cantó nuestro Prudencio. Y la cantó con ditirambos y con ayes, con suavidades y estridencias, mostrando las heridas desgarradas de los mártires y curándolas piadoso y fraterno con el bálsamo de las tiernas palabras y los dulces conceptos.

Fué poeta de los más encajados en los días en que le tocó vivir. Si Virgilio quizá no fuera explicable en otros que los de Augusto, Prudencio apenas se explicaría sino en los días temblorosos de Juliano, más emocionantes quizá que los trágicos de un Nerón o un Domiciano, porque en ellos se habían gustado

ya las horas de paz, y esa paz de los espíritus, contra toda razón y contra toda experiencia, se veía amenazada con nuevos horrores o torturada con crueldades de apóstata verdugo.

Y si tremantes son los cantos del poeta por los cuadros de dolor, que ha de pintar en impresionismo de rápida pincelada o en delectación morosa (como quien sabe que al sufrimiento que más se dilata más lozanas flores han de coronar), por ser hombre de sus días, es la lengua áspera, ya, su coetánea, la que le da expresiones trepidantes, difíciles de acordar con el muelle molde en que quisiera modularlas.

Poeta del hierro y del fuego, a quien ni las injusticias y crueldades del poder despótico hacen renegar de lo que al César le es debido, tiene también, en las horas que atraviesa el mundo, una cierta actualidad que importa no desconocer:

Advertat, adjunctas plagas
coire in unam gratiam;
fiat, fidelis Romulus
et ipse jam credat Numa.

Entre hierro y fuego, en cataclismo de *Apocalipsis*, se debaten los hombres al presente, y lo futuro es de imposible predicción. Pero en palabras del poeta español, señera figura del siglo IV en la Historia Universal, si una predicción es imposible, una plegaria de nuestro Aurelio Prudencio es la que, atendida por la Divina Providencia, sería el único remedio de esta humanidad dolorida.

«Que las plagas que por todas partes nos atormentan se viertan en fuente de gracia; que Rómulo deje de ser infiel, y que el propio Numa sea creyente.»

Sangre, lágrimas, miseria, muertes sin número sean ya razón para que la fuerza esté siempre y no más que al amparo de la justicia, y que las Leyes que los hombres dicten procedan de la fe en los supremos destinos por Dios marcados.

Las palabras que anteceden serían, si la obra lo necesitase, una justificación de la oportunidad con que aparece.

Himnos de arrebatada efusión lírica, ante quienes supieron vencer a los tiranos, cayendo impávidos al golpe del cuchillo o sonriendo sobre la hoguera crepitante, se interrumpen en boca del diácono Lorenzo para pedir a Cristo por aquella patria romana, digna de ser toda ella partícipe de una misma fe, en la cual descansaría inexpugnable su poderío, pues la patria (la gran Roma, que reunió por designio providencial bajo su imperio a los hombres) no es la que rinde culto al becerro de oro, al vientre hidrópico, a la gula voraz. Son los hombres injustos, los magistrados prevaricadores, la ignorancia de Dios, lo que a la patria pone en trance de muerte.

Lección, en verdad, para todos los tiempos.

Por la idealización de los grandes heroísmos; por la manera tan española de su interpretación; por el sentido político con que se concibe la potestad humana; por ser canto de poeta en días en que, agotada la musa del paganismo, había ya casi emudecido, y, en definitiva, por ser española esta figura egregia, sea aplaudido el traductor y comentarista que aparece en BIBLIOTECA CLÁSICA, dando un lugar en ella a nuestro zaragozano Aurelio Prudencio Clemente.